

la felicidad. Algo que, con una mano intangible, torna a conducirnos por caminos que ni siquiera nosotros mismos habíamos llegado a imaginar que volveríamos a transitar jamás. Algo que anima la vida de los seres a los cuales se halla ligada, en forma estrecha e irreductible, la historia de nuestra existencia, el drama de nuestros recuerdos y el poder de nuestras pasiones; que les confiere un matiz a los colores; que acendra el delicado perfume de una flor casi olvidada; que torna hermosas las tardes. Algo existe en nosotros, y aún fuera de nosotros mismos, que no nos deja morir y que tampoco deja morir a la vida. O, para mejor decirlo, a la belleza.

Un verso, un cuadro, una adorable criatura femenina: las afinidades electivas, de que nos habla Goethe, y en las cuales parece radicar el verdadero secreto de la felicidad!

ALBERTO CARDONA JARAMILLO

UN PROBLEMA DE SEMANTICA QUE ES PROBLEMA DE TEOLOGIA

POR CARLOS JOSE ROMERO

En la entrega de esta revista correspondiente a los meses de setiembre, octubre y noviembre de 1945 se publicó un interesante estudio del doctor Antonio Gómez Robledo, en el que plantea lo que él llama "curioso y arduo problema de semántica", el cual consiste en averiguar "por qué o por dónde el atributo de la limpieza se ha tornado en su contrario, lo mundo en lo inmundo. Como quiera que sea, dice Gómez Robledo, el mundo es para el cristianismo la suma y compendio de todo mal, lo aborrecible en sí, desde que el Salvador, momentos antes de su pasión, excluyó formalmente al mundo de su oración universal de perdón".

En el número de esta misma publicación correspondiente a los meses de febrero, marzo y abril de 1946 el conocido escritor y académico, doctor Baldomero Sanín Cano ensaya dar a este problema una solución. El renombrado polígrafo se adentra en el estudio de la baja latinidad, fuente de nuestras lenguas vernáculas, para rastrear en ella el origen de esta conocida y popular fórmula de la doctrina cristiana que pone al "mundo" entre los tres capitales enemigos del alma.

Sin embargo, a nuestro parecer, no es en la baja latinidad, ni siquiera en la latinidad a secas donde hay que buscar la clave de este raro fenómeno idiomático, que ha hecho, como muy bien lo nota el doctor Gómez Robledo, que la palabra *mundo*, que originariamente significa "lo hermoso, lo ordenado, lo limpio", haya tomado en todas las lenguas modernas el sentido de "reino del mal", bajo la influencia indudable de la predicación cristiana.

Con la modestia que se impone a quien no es especialista en problemas filológicos, nos atrevemos a disentir, ante todo, de la afirmación que hace el señor Sanín Cano respecto a las dos formas, de sus-

tantivo y adjetivo, que tiene en latín la palabra *mundus*: “el sustantivo y el adjetivo, dice, no tienen afinidad alguna ni en su origen ni en su significado”. Creemos por el contrario que con esta palabra sucedió lo que con tantas otras, a saber, que habiendo tenido originariamente el sentido de adjetivo, para significar “lo ordenado, lo bello”, se sustantivó después, siguiendo la tendencia general del latín, y pasó a significar “lo bello por excelencia, el cielo estrellado, el universo, la creación”, acepciones todas en que se halla en los autores clásicos, como Cicerón, Virgilio, Horacio y Plauto; Lucrecio la usa ya para significar el Imperio Romano universal, acepción común en todos los autores posteriores. Por un proceso semejante vino a significar también, como lo nota el doctor Sanin Cano, “instrumentos de tocador, joyas, adornos” *mundus muliebris*, usado por Tito Livio y por el fabulista Fedro, entre otros.

Pero lo más curioso del caso es el perfecto paralelismo que existe entre los diversos significados del latín *mundus* y del griego *kósmos*. En el *Lexicon Graeco Latinum* de Leopold, por ejemplo, encontramos:

“*Kósmos*: ordo; modus et ratio; disciplina; ornatus (in primis muliebris); decus, laus, etc.”

Es sabido que el primero que usó la palabra *kósmos* para significar el universo, afirmando con ello que el orden es su característica principal, fue el filósofo Pitágoras de Samos, s. VI antes de Jesucristo; quizá fue él el primero que creó una forma sustantiva correspondiente al adjetivo *kósmios*, que significa según Leopold “*moderatus, modestus, decorus, elegans*”, de uso común en el lenguaje de la Hélade, para significar lo que al sabio contemplador de las esferas celestes aparecía como *kósmios* en grado sumo. Y quizá también el adjetivo latino *mundus*, primitivamente usado para calificar lo limpio, lo elegante, lo escogido, pasó de esta acepción, que Quicherat, en su diccionario, da como primitiva, a la que el mismo lexicógrafo presenta como secundaria, el cielo estrellado, el firmamento, el universo, la creación, bajo el influjo del pensamiento y de la lengua griegos, a cuyo vulgar *kósmios* correspondía exactamente.

Pero pasando ya de estos preámbulos filológicos al problema en cuestión, es a saber, a investigar por qué en el lenguaje cristiano *mundo* ha venido a significar “el reino del mal”, sostenemos que la solución hay que buscarla no en la derivación latina del castellano ni de las demás lenguas romances, ni siquiera en la evolución natural de la lengua griega, sino en las fuentes mismas de la predicación cristiana, que son los Evangelios.

En estos libros divinos, escritos en la segunda mitad del s. I de nuestra era por Mateo, Marcos, Lucas y Juan, el primero y el último discípulos inmediatos de Cristo, los otros, respectivamente de S. Pedro y de S. Pablo, en el griego vulgar o *koiné*, que era lengua universal en aquella época, encontramos la palabra *kósmos* en el original griego, y su correspondiente *mundus* en la versión latina, en dos distintas acepciones, que, en gracia de la brevedad, llamaremos acepción vulgar y acepción teológica.

Llamamos *acepción vulgar* la que es común en los autores clásicos griegos y latinos, con todas sus derivaciones; es decir, el universo, la humanidad, o simplemente una multitud.

Esta acepción se encuentra principalmente en el Evangelio de S. Mateo, como cuando explicando a los doce la parábola del sembrador, dice el Señor: “*Ager est mundus*”; en griego “o de agrós estin o *kósmos*” (Matt. XIII, 38): “el campo (donde el sembrador riega su semilla) es el mundo”, es decir, la tierra entera, o el conjunto de los hombres.

Es de notar que son estos los únicos pasajes en que, fuera del Evangelio de S. Juan, se usa la palabra *mundus*, correspondiente al griego *kósmos*, a más de un caso en que el mismo S. Mateo la toma en su sentido teológico.

En S. Juan encontramos frecuentemente la palabra *kósmos*, traducida invariablemente por el latín *mundus*, en su sentido vulgar. Citemos los principales textos en que aparece con algunos matices distintos.

En el capítulo III, 16, se lee: “*Sic Des dilexit mundum*”, oútos gar egapesen ó Theos ton *kósmos*... tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo unigénito”. Aquí *kósmos* significa sin duda a los hombres, a la humanidad toda. Y el mismo sentido tiene en el capítulo VII, 4, cuando los parientes de Jesús le dicen: “*Si haec facis, manifesta teipsum mundo*, —ei, tauta poieis, fanérosan sauton to *kósmo*—, ya que haces estas cosas, manifiéstate al mundo”, es decir, a todos los hombres. Igual cosa quiere decir en el capítulo IX, 5: *Quamdiu sum in mundo*, lux sum mundi, —ótan en to *kósmo* o, fos eimí tou *kósmou*—, mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo”: o sea, mientras estoy en medio de los hombres, soy la luz de los hombres.

En el capítulo XII, 19, aparece un significado ligeramente distinto: “*Ecce mundus totus abiit post eum*”, decían los fariseos al ver que las multitudes seguían al Salvador: “*íde o kósmos opíso autou apel-*

then, he aquí que todo el mundo se va tras de El". Donde aparece el sentido popular de la palabra, usada aún entre nosotros para significar "muchacha gente", de manera un poco hiperbólica.

Con el sentido de "toda la humanidad", encontramos a *kósmos* en el capítulo III, 17: "Non misit Deus Filium suum ut iudicet *mundum*, sed ut salvetur *mundus* per ipsum; —ou gar apésteilen o Theos ton uion eis ton *kósmon* ina krine ton *kósmon*, ál'ina sothe o *kósmos* di'autou; —no envió Dios a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por El". Evidentemente no se trata aquí del mundo en cuanto es el conjunto de todos los seres creados, sino en cuanto significa la humanidad, a la que Cristo viene a salvar.

Kósmos tiene el sentido de *la tierra*, el planeta que habitamos, cuando en la escena de la resurrección de Lázaro, Joan. XI, 27, Marta dice a Jesús: "Tu es Christus Filius Dei vivi qui in hunc *mundum* venisti: su oi o Jristós, o uios tou Theou, o eis ton *kósmon* erjómemon—, tú eres el Cristo, el Hijo de Dios (en griego no dice *vivo*, como en la Vulgata), que vienes al mundo".

En el sentido que hemos llamado teológico, es decir, para significar a "los que aman el mundo", según la explicación de S. Agustín, (In Ioannis Evangelium Tract. II, 11), es decir, los hombres que se apegan a las cosas visibles hasta convertirlas en su Dios, ya que las prefieren a Dios, encontramos usada la palabra *kósmos* y su correspondiente latino *mundus*, una sola vez fuera del Evangelio de S. Juan: cuando en el de S. Mateo dice el Señor: "Vae *mun-do* a scandalis! —ouai to *kósmo* apó ton skandálon— ay del mundo por los escándalos!" es decir, ay de los hombres que hacen el mal, a causa de los escándalos que dan.

En el Evangelio de S. Juan aparece desde el primer momento. En el capítulo I, el célebre prólogo, aparecen las dos acepciones, mezcladas de tal manera, que parece a veces difícil de entender cuál de las dos tiene en algunos casos.

"Erat lux vera, quae illuminat omnem hominein venientem in hunc *mundum*. In *mun-do* erat, et *mundus* per ipsum factus est, *mundus* eum non cognovit. En to fos, to alethinón o fotizei panta ánthropon erjómemon eis ton *kósmon*, en to *kósmo* en, kai o *kósmos* di'autou agéneto, kai o *kósmos* autón ouk égno. Era la luz, la verdadera, que ilu-

mina a todo hombre que viene al mundo. Estaba en el mundo, y el mundo había sido hecho por El, y el mundo no lo conoció" (vv. 9-11). En estas pocas líneas se repite la palabra *kósmos* cuatro veces. En las tres primeras, sin duda alguna, tiene el sentido vulgar: el mundo, la tierra. La cuarta vez, ¿cuál es su verdadero sentido? ¿Se trata en general de los hombres, para quienes pasó desconocido el Hijo de Dios? ¿O más especialmente se designa al Imperio Romano, en cuyo territorio nació? ¿O más bien se especifica ya el sentido teológico, y se habla de los hombres perversos? Según el P. Lagrange, uno de los más autorizados exégetas modernos, el versículo 10, "estaba en el mundo... y el mundo no lo conoció", guarda un paralelismo, procedimiento familiar a S. Juan, con el versículo 5: "la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron". Dice el célebre dominico: "Juan explica ahora, en lenguaje claro, que esta luz del Verbo, por el cual había sido creado el mundo, ha sido desconocida por este mundo. "El mundo" reemplaza aquí a las tinieblas". Ahora bien, si las tinieblas de que habló antes representan "el reino del mal", parece claro que hay que tomar aquí *mundus*, *kósmos*, en ese mismo sentido.

Más de veinte veces aparece en el Evangelio de S. Juan la palabra de que nos ocupamos, usada en el sentido que hemos llamado teológico, en el cual no parece que haya matices. Nos alargaríamos inútilmente al analizar uno por uno los textos en que se encuentra. Basta citar, por vía de ejemplo, los más notables.

1)—En el capítulo XII, cuando unos griegos gentiles, *hellenés*, quieren hablar con Jesús en la tarde del domingo de ramos, al recibir El de sus discípulos la petición de la entrevista, se conmueve hondamente, y predice la universalidad de su reino: "Nunc iudicium est *mundi*, nunc princeps huius *mundi* eicetur foras, nun krísin estin tou *kósmou* toutou, nun o árjon tou *kósmou* toutou ekblésetai éjo, —ahora es el juicio de este mundo, ahora el príncipe de este mundo va a ser arrojado fuera": el mundo, las fuerzas del mal; el príncipe de este mundo, Satanás, son claramente designados en este texto.

2)—En la sublime oración sacerdotal, cap. XVII, a la cual se refería expresamente el señor Gómez Robledo, la palabra se repite hasta diez y siete veces, mezclándose constantemente los dos sentidos:

"Manifestavi nomen tuum hominibus quos dedisti mihi de *mun-do*. Efanérosá sou to ónoma tois anthóspois ous édokas tou *kósmou*, Manifesté tu nombre a los hombres que me diste sacándolos del *mun-do*. (v. 6).

“Non pro *mundo* rogo, —ou peri tou *kósmou* eroto, —no ruego por el mundo. (v. 9).

“*Mundus* eos odio habuit, quia non sunt de *mundo*, sicut et ego non sum de *mundo*, —o *kósmos* emísen autous, oti ouk eisin ek tou *kósmou* kathos egó ouk eimí ek tou *kósmou*, —el mundo los ha odiado, porque no son del mundo, como yo no soy del mundo” (v. 14). Casi lo mismo en el v. 16.

3)—En cambio en el mismo capítulo aparece otras veces en el sentido vulgar, o en un sentido difícil de determinar a primera vista: “Et iam non sum in *mundo*, et hi in *mundo* sunt, —kai oukéti eimi en to *kósmo*, kai autoi en to *kósmo* eisin, —porque yo ya no estoy en el mundo, y ellos están en el mundo. (v. 11): es evidentemente el sentido vulgar, lo mismo que en el v. 13: “Haec loquor in *mundo*, —tauta lalo en to *kósmo*, —yo hablo así en el mundo”. Un poco más difícil de determinar es el sentido del v. 15: “Non rogo ut tollas eos de mundo, sed ut serves eos a malo, —ouk eroto ina ares autous ek tou *kósmo* all'ina tereses autous ek tou ponéro”.Cuál es la traducción castellana: no te ruego que los saques del mundo (es decir, de esta vida), sino que los libres del mal” o “no te ruego que los quites de en medio del mundo (de en medio de los hombres perversos) sino que los libres del mal”?

Sería alargarnos demasiado sin mayor utilidad el continuar examinando detenidamente los lugares del Evangelio de S. Juan para determinar su sentido. Lo dicho nos parece suficiente para sacar las siguientes conclusiones:

1ª—El doctor Antonio Gómez Robledo planteó correctamente le problema al preguntar: “¿Por qué o por dónde el atributo de la limpieza se ha tornado en su contrario, lo mundo en lo inmundo?”

2ª—La solución propuesta por el doctor Baldomero Sanín Cano no es satisfactoria, tanto por la distinción que pretende establecer entre el significado del sustantivo latino *mundus* con el adjetivo de idéntico sonido, como por buscar la solución al problema propuesto en la lengua latina, y en la formación de las lenguas romances.

3ª—El origen de este curioso caso de semántica debe buscarse en la predicación de Nuestro Señor Jesucristo, y de una manera especial en la serie de sus sermones que nos han sido transmitidos por el Evan-

gelio de S. Juan, no en la lengua aramea, en la que fueron pronunciados, sino en la griega *koiné* en que escribió el Apóstol.

4ª—A nuestro parecer el problema fundamental está en éstos: ¿qué palabra aramea usó el Señor en los textos en que S. Juan usa la palabra griega *kósmos*? Conocida, al menos conjeturalmente, la expresión original, se podría entrar a discutir a fondo este problema de semántica, convertido así en un problema de teología bíblica.

Toca decir la última palabra a los exégetas.

CARLOS JOSE ROMERO, Presbítero.
Catedrático de este Colegio Mayor